

Abstract:

Thailand belongs to that group of countries in the Indo-Pacific region that are almost never talked about because it is assumed that nothing ever happens and, furthermore, it is a magnificent country to go on vacation. The reality, however, is very different. Thailand is a country of strong contrasts. It is the second economic power in Southeast Asia, but it is also the country with the largest economic gap in the region, where the richest 1 percent own 67 percent of the country's wealth. Historically, it enjoyed one of the longest monarchies in the world, under the reign of Bhumibol Adulyadej, who ruled the country for 70 years, but it is no less true that during his reign the country suffered a dozen coups d'état, the last in 2014. Now Thailand, which is the world's leading producer of rubber and the third largest in rice, intends to shake off military tutelage and make up for lost time under a democratically elected coalition government. Time and results will tell if Prime Minister Srettha Thavisin has achieved his goals.

Keywords:

Thailand, Bhumibol, Vajiralongkorn, Prayut, Thaksin, Srettha, Move Forward, Pheu Thai, Asian Southeast

Cómo citar este documento:

AMBRÓS, Isidre. *Tailandia, un país en busca del tiempo perdido*. Documento de Opinión IEEE 77/2023.

https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2023/DIEEEO77_2023_ISIAMB_Tailandia.pdf y/o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

Tailandia es un país difícil de encasillar para numerosos occidentales. Es un país muy popular, famoso por sus playas de arena blanca y sus paisajes, que invitan a vivir unas vacaciones eternas. Pero también es un Estado muy desconocido más allá de estos estereotipos. La realidad es que se trata de la segunda economía más poderosa del Sudeste Asiático —con una renta per cápita que ronda los 7000 dólares— detrás de Indonesia, aunque también es el país más desigual de la región: el 1 por ciento más rico posee el 67 por ciento del patrimonio, el salario medio es de unos 600 euros mensuales y el 30 por ciento de la población se dedica a la agricultura. Una brecha económica difícil de cerrar debido a las dos décadas de estancamiento político, provocadas por los choques entre los gobiernos populistas de centro elegidos democráticamente y las élites ultraconservadoras, que alientan golpes de Estado militares. Han venido protagonizando esta dinámica el partido populista Pheu Thai, impulsado por la familia Shinawatra, y el general Prayut Chan-Ocha, participe en los golpes de Estado de 2006 y 2014 y en el poder desde esa fecha hasta este verano, cuando anunció que abandonaba la escena política.

El trasfondo de este pulso no es otro que la capacidad de influencia de las grandes fortunas sobre el monarca tailandés —primero sobre el venerado rey Bhumibol y ahora sobre su hijo Maha Vajiralongkorn— para controlar las palancas del poder del país. Un control que siempre estuvo en manos de las élites de Bangkok, hasta que Thaksin Shinawatra, un expolicía de la ciudad de Chiang Mai que se hizo empresario y levantó un imperio en el sector de las telecomunicaciones, se pasó a la política, ganó las elecciones en el 2001 y se granjeó la confianza del rey de Tailandia. Los sectores más conservadores, jueces y militares no estaban dispuestos a consentir esta intromisión en la corte. Desde entonces la política tailandesa se ha convertido en un ir y venir de elecciones democráticas con victorias del partido de la familia Shinawatra y, como reacción, golpes de Estado militares al cabo de tres o cuatro años.

La influencia de la familia Shinawatra

Thaksin solo gobernó entre 2001 y 2006, momento en que fue depuesto por un golpe de Estado militar, entre cuyos protagonistas se encontraba el general Prayut Chan-Ocha. Acusado de corrupción y abuso de poder, Thaksin huyó al extranjero antes de ser

juzgado y sentenciado a quince años de prisión. Pero la semilla ya estaba plantada. Desde entonces el devenir político de Tailandia cambió para siempre. Desde el primer momento, Thaksin se ganó el apoyo en los sectores sociales más vulnerables, a los que los partidos tradicionales y la burguesía de Bangkok siempre habían dejado de lado por considerarlos demasiado «incultos». Un desdén que se explica porque para ellos solo importa la capital, Bangkok, que cuenta con una población de más de diez millones de habitantes y es una de las principales capitales de la región, mientras que la segunda ciudad más importante del país, Chiang Mai, situada al norte, tan solo tiene 130.000 habitantes.

Con un discurso populista, Thaksin ganó las elecciones en el 2001, se convirtió en primer ministro, aplicó políticas keynesianas y reformó el sistema hospitalario para que los más pobres tuvieran acceso a la asistencia sanitaria. Se convirtió en un ídolo para las clases más desfavorecidas y despertó un profundo odio entre las élites de la capital, que le acusaron de querer eclipsar al venerado rey Bhumibol. Desde entonces, la sociedad rural y las clases más necesitadas del país siempre han votado a los partidos de Thaksin, primero al Thai Rak Thai y cuando este fue ilegalizado apostaron por la formación que recogió su testigo, el Pheu Thai.

Desde entonces, el nombre de Thaksin Shinawatra nunca ha desaparecido de la escena política tailandesa. Entre otras razones porque su legado fue recogido por su hermana Yingluck, quien se presentó a las elecciones del 2011, ganó y se convirtió en la primera mujer que accedía al cargo de primera ministra en este país del Sudeste Asiático. En 2014, al igual que su hermano, fue depuesta por un golpe de Estado protagonizado por el general Prayut, un militar que, hasta este verano de 2023, ha dirigido el destino de Tailandia, primero al frente de una junta militar y, tras las elecciones que convocó en 2019, liderando una coalición de partidos políticos.

Sin embargo, cambiar el uniforme militar por el traje de civil no hizo que el general Prayut ganara popularidad. Su impopularidad fue en aumento con el paso del tiempo. Al frente de un régimen autoritario, administró mal la economía del país, las respuestas a la pandemia de la COVID-19 y desarrolló una reputación de dureza reprimiendo las protestas y encarcelando a las voces más críticas con su gestión. Una hoja de servicios que convirtió las elecciones legislativas del pasado 14 de mayo en una oportunidad para

que la oposición democrática, liderada una vez más por el Pheu Thai, lograra una victoria abrumadora.

Nuevos protagonistas, nueva era

Como era de prever, las urnas dieron una holgada victoria a los partidos de la oposición el 14 de mayo, pero no lo suficientemente amplia para gobernar. La sorpresa, sin embargo, fue que el Pheu Thai, con la hija de Thaksin, Paetongtarn, como candidata, se vio superado por el recién creado partido progresista Move Forward, que con unas propuestas más radicales se erigió en el vencedor de los comicios con 151 diputados, frente a los 141 del Pheu Thai. En total, 292 representantes de una asamblea de 750 escaños. Una cifra contundente, pero lejos de los 376 escaños necesarios para formar gobierno que estipula la Constitución redactada por la Junta Militar en el 2017. Esta otorga al Ejecutivo la capacidad de nombrar directamente a los 250 senadores de la Cámara Alta, imprescindibles para sumar la mayoría absoluta necesaria para formar gobierno. La cláusula en cuestión fue impuesta para intentar evitar la victoria del Pheu Thai o de cualquier otra formación política que impulse la familia Shinawatra.

El resultado de estas elecciones ha abierto la puerta a una nueva etapa política en Tailandia, aunque seguramente con un rumbo y unos resultados que tardarán en cristalizar. Por una parte, Prayut Chan-Ocha ha anunciado su retirada de la política y, por otra, el partido de la familia Shinawatra, el Pheu Thai, se ha visto superado por Move Forward, que prometía reformas militares para reducir la influencia del Ejército en la marcha del país y modificar el artículo 112 de la Constitución, la famosa Ley de Lesa Majestad, que tipifica como delito penado con hasta quince años de cárcel difamar, insultar o amenazar al monarca y a su familia. Con menos énfasis, el Pheu Thai también planteaba esta última propuesta.

El inesperado panorama poselectoral provocó que el país permaneciera bloqueado más de tres meses, debido a las negociaciones entre los partidos y a las trabas impuestas al vencedor de los comicios, Pita Limjaroenrat, líder de Move Forward, para que no se convirtiera en el nuevo primer ministro. La situación se desencalló cuando el segundo partido más votado, el populista Pheu Thai, hizo gala de un enorme pragmatismo: cambió de bando, rompió su pacto con Move Forward y acordó una coalición de gobierno con

otras diez formaciones, incluidas dos organizaciones respaldadas por los militares que derrocaron el Gobierno en el 2014. El acuerdo resultaba totalmente inesperado en Tailandia en la medida en que se trata de un pacto entre populistas, por un lado, y conservadores y militares, por otro, pues ambos se han mostrado irreconciliables durante dos décadas y han mantenido al país paralizado. Sin duda, este arriesgado movimiento le puede costar muy caro a la formación de la familia Shinawatra y puede favorecer un nuevo mapa político en el país.

Indignación

Los tailandeses han reaccionado con indignación a este acuerdo y lo consideran un enorme apañío político. Y la realidad es que no es para menos. Prueba de ello es que, tras anunciarse el pacto, los líderes del Pheu Thai, y entre ellos Paetongtarn Shinawatra, se apresuraron a disculparse ante su electorado por renunciar a las principales reformas prometidas durante la campaña electoral y por haber suscrito alianzas con las formaciones más derechistas, a las que habían combatido durante años. Las justificaciones no evitaron que una encuesta realizada a finales de agosto, tras el anuncio de la coalición de gobierno, registrara una caída de popularidad de este partido del 62 por ciento.

Y es que el desencanto y el sentimiento de ser víctimas de una burla han sido mayúsculos entre los tailandeses. No solo por el pacto de gobierno, sino por las sospechas de que la alianza forma parte de un acuerdo más amplio entre el partido de la familia Shinawatra y la élite monárquica y los militares para enfrentarse a una amenaza común —Move Forward, de creciente influencia entre las capas más jóvenes e instruidas de las grandes urbes del país— y para que el poder no cambie de manos. En definitiva, una gran traición.

El recelo está alimentado por la forma en que se produjo el regreso del ex primer ministro Thaksin tras quince años de exilio. Lo hizo el mismo día en que el candidato del Pheu Thai al cargo de primer ministro, el empresario Srettha Thavisin, iba a ser elegido por el Parlamento tailandés. Y es que la secuencia que siguió a su llegada no deja lugar a dudas. Nada más llegar a Bangkok, el Tribunal Supremo confirmó la sentencia de ocho años de cárcel pronunciada en su ausencia y su ingreso en prisión. Diez horas después,

Thaksin fue trasladado a un hospital civil para controlar su estado de salud y se preparó y presentó una solicitud del perdón al rey Vajiralongkorn, que le ha reducido la sentencia a un año de cárcel.

A la luz de esta suma de factores, todo hace pensar que Tailandia inicia una nueva etapa, si bien le llevará un tiempo superar la tendencia a los trapicheos. El acuerdo de coalición alcanzado sugiere que existe un amplio consenso político para recuperar el tiempo perdido en las últimas décadas, a causa de luchas políticas intestinas, y que el país se consolide como la segunda potencia económica del Sudeste Asiático. Los desafíos por superar son enormes, pero el premio por hacerlo también. Se trata de integrarse en el club de los países punteros del continente o de que Tailandia quede relegada a un nivel secundario, atrapada en la llamada trampa de los ingresos medios: un problema con el que chocan aquellos Estados que han perdido su ventaja competitiva en la exportación por el aumento de los salarios y no tienen la capacidad suficiente para equipararse a las economías más desarrolladas, un enredo en el que se hallan aprisionados un buen número de potencias medias.

¿Quién es Srettha?

Evitar caer en esa trampa de los ingresos medios será una de las misiones del nuevo primer ministro, Srettha Thavasin. No obstante, son numerosos los expertos locales que cuestionan la capacidad del mandatario del Pheu Thai, de sesenta y un años, para pilotar con éxito este reino de 69 millones de personas con un salario medio de 600 dólares y donde el 30 por ciento de la población se dedica a la agricultura. Sostienen que Srettha es un neófito en política y carece de una base de apoyo suficiente, tanto dentro del partido como entre la sociedad tailandesa, para dirigir con mano firme un Ejecutivo integrado por once formaciones.

En realidad, la transición que ha realizado Srettha del mundo de los negocios a la política es muy similar a la que llevó a cabo Thaksin en los años noventa del siglo pasado. Miembro de una familia con profundas conexiones con la élite empresarial, Srettha comenzó su carrera en la filial tailandesa de Procter & Gamble tras estudiar en Estados Unidos. En 1990 fundó junto a unos familiares la empresa inmobiliaria Sansiri, que se ha convertido en una de las principales firmas del sector en el país y que registró unos

ingresos de más de 900 millones de euros y un beneficio neto de casi 111 millones de euros en 2022.

Fue precisamente el año pasado cuando Srettha decidió dar el salto a la política con la idea de corregir las grandes disparidades sociales que hay en Tailandia. «Mi único enemigo es la pobreza y la desigualdad», aseguró poco después de ser elegido primer ministro, para añadir a continuación: «Mi objetivo es mejorar la vida de todos los tailandeses». Estas declaraciones de principios a los medios de comunicación locales fueron bien acogidas por sus conciudadanos, que lo consideran como un empresario capaz de administrar con éxito la economía del país. Otra cosa es que pueda hacerlo y alcance los objetivos previstos. De momento, ya ha dado muestras de su pragmatismo al señalar a la prensa local que los tres meses de estancamiento político en Tailandia habían hecho «que fuera necesario olvidar lo que dijimos», en referencia a su rechazo a gobernar con los militares que habían dado el golpe de Estado de 2014.

Desafíos, a cuál más importante

Srettha es consciente de que se enfrenta varios desafíos, a cuál más importante, tanto a nivel político como económico y social. No en vano se trata, por una parte, de recuperar la confianza de los tailandeses y, por otra, de reactivar una economía en proceso de desaceleración. Todo ello al tiempo que batalla por mantener un equilibrio de poder entre las fuerzas más progresistas, populistas, y los conservadores, que no quieren cambios, dentro de la coalición gobernante e intenta reequilibrar las relaciones de su país con Estados Unidos y China, cada vez más asertiva en la región.

En materia de política exterior, su elección sugiere que el Gobierno de Bangkok intentará corregir la creciente dependencia estratégica de Tailandia con China, que es su principal socio comercial. Una tendencia que se había acentuado en los últimos años con el ejecutivo liderado por Prayut. Este giro en materia de relaciones exteriores es importante no solo en la medida en que Tailandia es una importante base de operaciones de Estados Unidos en el Sudeste Asiático, sino también porque la región entera sufre un proceso de regresión democrática y precisa que un país grande, como Tailandia, se erija en protagonista tanto a nivel individual como en la ASEAN, la organización regional que

integran diez países del Sudeste Asiático: Birmania (Myanmar), Brunéi, Camboya, Filipinas, Indonesia, Laos, Malasia, Singapur, Vietnam y la propia Tailandia.

En lo que se refiere al ámbito económico, por el momento el nuevo primer ministro ha apostado por apoyar el turismo, que aporta el 15 por ciento del PIB y constituye la principal fuente de divisas del país, y por aplicar algunas de las promesas hechas por su partido, el Pheu Thai, para favorecer a los más vulnerables. Dicho compromiso implica, entre otras cosas, transferir 10.000 bahts (unos 260 euros) a las billeteras digitales de la población para que los gasten en sus distritos y así el consumo se vea impulsado. Srettha también se ha comprometido a aumentar el salario mínimo diario a 16 euros, frente a los 8,65 euros actuales, una medida que inquieta a los empresarios, que temen que reduzca la ventaja competitiva de los productos locales en el comercio internacional.

Gran desigualdad

Las iniciativas expuestas se explican por el empeño en intentar reducir la enorme brecha social que existe en el país. Tailandia, principal exportador de caucho del planeta y el tercer productor mundial de arroz, después de India y Vietnam, sigue siendo un país profundamente desigual. Según el *Credit Suisse Global Wealth Databook 2018*, el 1 por ciento más rico del país controla el 67 por ciento de la riqueza nacional. La renta per cápita ronda los 7000 euros, el salario medio de un tailandés es del orden de los 600 euros mensuales y el endeudamiento de los hogares alcanza ya al 90 por ciento del PIB del reino, de acuerdo con el último dato del Banco Central de Tailandia, publicado en julio de este año.

Pero más allá de intentar reducir esta enorme brecha socioeconómica, Srettha tiene el reto de revertir la desindustrialización que ha sufrido Tailandia en las últimas dos décadas, un país donde el turismo aporta el 15 por ciento del PIB y es la principal fuente de divisas junto a la agricultura, que representa el 10 por ciento del PIB y emplea al 30 por ciento de la población activa. El relanzamiento de la economía de la nacional dependerá en gran parte del buen comportamiento de la demanda extranjera de bienes y servicios, un capítulo en el que deberán tener un especial protagonismo la electrónica y la industria y la automoción, los dos principales sectores industriales del país.

En el ámbito de los productos electrónicos, la industria local deberá consolidar su capacidad de fabricar y vender circuitos integrados y discos duros a nivel internacional. Esta especialidad ha convertido a Tailandia en el segundo mayor exportador del mundo, por detrás de Singapur. Su competitividad se ve favorecida por los bajos salarios del país, cuyo sueldo mínimo es de 231 euros mensuales.

En lo que se refiere al sector automovilístico, Tailandia está bien posicionada geográficamente en la región, ya que su territorio abarca desde las fuentes del Mekong, en el sur de China, hasta prácticamente el estrecho de Malaca, y todas las grandes marcas del sector, tanto japonesas como alemanas, apuestan por tener factorías allí. Sus fábricas producen y exportan vehículos a más de cien países, y es el decimotercer exportador de piezas de automóviles y el décimo fabricante de vehículos comerciales del planeta, así como el más importante de la ASEAN, una comunidad de 675 millones de habitantes con una efervescente clase media ávida de consumir.

Pero este horizonte no está exento de negros nubarrones, en forma de una creciente competencia de los países vecinos. Y es que si antaño Tailandia era la potencia económica regional, ahora esa imagen pertenece al pasado. En los últimos tiempos se ha vista superada por Filipinas, Indonesia, Malasia o Vietnam, que han estado desarrollando unas políticas comerciales muy agresivas en los últimos años mientras Bangkok se preocupaba de reprimir manifestaciones de protesta. Y a ello se añade la amenaza que supone la creciente producción de coches eléctricos promovida por China, que podría dominar el sector y dejar a Tailandia únicamente con subcontrataciones sectoriales, teniendo en cuenta que además el país no ofrece una gran ventaja en materia de costes en comparación con el gigante asiático.

Como empresario de éxito y emprendedor, Srettha Thavisin está prácticamente obligado a devolver a Tailandia el protagonismo que supone ser la segunda economía más poderosa de la región, pero además debería enfrentar la gran asignatura pendiente que arrastra el país desde hace años: el tren de alta velocidad panasiático, un proyecto por el que suspiran todos los empresarios e inversores locales, dada la situación geoestratégica de Tailandia, conscientes de que China planea conectar su país con el estrecho de Malaca. Srettha no lo puede considerar prioritario, dadas la complejidad de la iniciativa y la cantidad de países e intereses afectados, pero debería trabajar en favorecer su realización como gran proyecto para el desarrollo de Tailandia.

Si Srettha Thavisin, al frente de su gobierno de coalición, logra impulsar la economía y devolver estabilidad y confianza al país, habrá logrado que Tailandia de un importante salto adelante. Los objetivos mencionados deberían favorecer que la población descarte protagonizar desordenes y protestas callejeras y recupere su confianza en el partido Pheu Thai tras la traición que este habría perpetrado al pactar con los sectores más conservadores de la política tailandesa. En la medida en que Srettha Thavisin lo consiga, logrará que Tailandia recupere el tiempo perdido y se mantenga como una de las principales locomotoras económicas del Sudeste Asiático. Si pierde esta oportunidad, Tailandia nunca más volverá a ser el país de la sonrisa.

Conclusiones

A la luz del desarrollo de las negociaciones políticas entre los principales partidos para formar una coalición de gobierno que no levante asperezas entre los sectores más conservadores del país, todo indica que a Tailandia no le resultará fácil recuperar los años perdidos.

La primera dificultad es superar las dudas que despierta la propia elección de un primer ministro neófito en política, como es Srettha Thavisin, que afronta una coalición de once partidos, entre los que se encuentran formaciones de militares que participaron en los últimos golpes de Estado y que gobernaban el país hasta agosto de este año.

El nuevo primer ministro deberá trabajar duro para recuperar la confianza de una población que se siente traicionada por el principal partido político, el Pheu Thai, que no ha dudado en aliarse con los partidos conservadores a los que ha combatido con tal de gobernar. Una píldora difícil de tragar para las clases más débiles de la sociedad tailandesa.

La coyuntura obliga a Srettha a impulsar medidas populistas de dudoso éxito para recuperar la confianza de la población y reactivar la economía: un objetivo difícil, dada la compleja y volátil situación internacional, complicada por la guerra de Ucrania y la compleja situación económica de China, el principal socio comercial de Tailandia.

Un horizonte, en definitiva, lleno de nubarrones, que amenazan con convertir en historia pasada aquel refrán que definía a Tailandia como el país de la sonrisa. De Srettha

Thavisin depende ahora que ese dicho vuelva a ser una realidad, y el país vuelva a ser la locomotora del Sudeste Asiático, o se quede como una vieja frase histórica.

*Isidre Ambrós**

Periodista, analista especializado en Asia-Pacífico
y autor del libro *La cara oculta de China*